

deshonras, y no hace diferencia de lo uno á lo otro; pero este tercero grado pasa mas adelante, y no se ha igualmente en eso, porque no solo no siente la honra y estimacion como el muerto; sino ésele cruz y tormento el ser tenido y estimado, y como tal lo aborrece; no solo no siente las deshonras y menosprecios, sino esa es su gloria y su contento. "Nunca Dios quiera que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de Cristo, por amor del cual, todo lo que el mundo ama me es á mi cruz; y todo lo que el mundo tiene por cruz, me es á mi gloria y contento grande (1)." "Lleno estoy, dice (2), de consolacion, báñome en gozo y regocijo en padecer tribulaciones, persecuciones y afrentas por Cristo. Pues este es el tercero grado de mortificacion, que con mucha razon llama San Bernardo el tercero cielo por su grande perfeccion. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina comun de los doctores y Santos, que en esto que nosotros entendemos por el tercer cielo está la perfeccion de la mortificacion, porque esa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfeccion de cualquier virtud, cuando obro los actos de ella con gusto y delectacion, como diremos despues (3). Y asi, si quereis saber si vais aprovechando en la mortificacion, y si habeis alcanzado la perfeccion de ella, mirad si os holgais cuando os quiebran vuestra voluntad y os niegan lo que pedís; mirad si os holgais cuando os desprecian y tienen en poco; y si recibís pena cuando os honran y estiman y hacen mucho caso de vos. «Pues éntre cada uno

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. *Ad Gal.* VI, 14.  
 (2) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. *II. ad Cor.* VII, 4.  
 (3) *Trat.* 3, c. 16.

dentro de sí, dice San Bernardo (1), y mire y examine con atencion á qué grado de estos ha llegado, y no paremos ni descansamos hasta llegar y arrobarnos á ese tercer cielo. » Que es lo que dijo el Señor á San Francisco: «si me deseas, toma las cosas amargas por dulces y las dulces por amargas.»

Cuenta Cesario (2) que en un monasterio de su orden del Cister, un religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios y que tenia muchas revelaciones, quedándose una noche, despues de maitines, en oracion en la iglesia, vió á Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con él vió á quince religiosos de su religion, cada uno tambien en su cruz, acompañando á Cristo nuestro Redentor; que aunque era de noche, era tanta la claridad y resplandor que resultaba de la presencia de Cristo, que los podía ver muy claramente, y los conoció muy bien, que aun vivian todos. Y dice que los cinco eran legos, y los diez monges. Estando él espantado de tan admirable vision, hablóle Cristo nuestro Redentor desde la cruz: «Rodulfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí?» Respondió él: «Señor, bien conozco quiénes son; pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo.» Entonces dijole el Señor: «Estos solos, de toda esta religion, son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi Pasion.»

(1) *Pensemus ergo singuli, in quo gradu quisque sit positus, et studeamus proficere de die in diem, quoniam de virtute in virtutem videbitur Deus deorum in Sion (Psalm. LXXXIII, 8). S. Bernard.*  
 (2) *Caesarius, l. 8. Dialogorum. cap. 18.*

**TRATADO SEGUNDO.**

**De la modestia y silencio.**

CUÁN necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos.

La modestia de que ahora habemos de tratar, consiste en que sea tal la composicion del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversacion, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificacion en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende San Agustin todo lo que hay que decir de la modestia (1). No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que sería inmodestia; bastará ahora esta regla general del glorioso Agustin; que es comun de los Santos y maestros de de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro exterior humildad, y juntamente gravedad y madurez.

(1) *In omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendant aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem. Aug. in Regul.*  
 B. del C., tomo XIV. — I. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. I.

religiosa, y de esa manera guardareis la modestia que conviene. Solamente pretendiendo declarar aqui cuán necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos cuyo fin é instituto es, no solamente atender á la salvacion y perfeccion de sus propias ánimas, sino tambien á las de los prójimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el exterior religioso y edificativo; porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo exterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el ruido y estruendo de las palabras. Y asi se cuenta del bienaventurado San Francisco, que dijo una vez á su compañero: «Vamos á predicar; y salé, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvese á casa; dicele el compañero: «pues, padre, ¿no predicamos?» «Ya, dice, habemos predicado.» Aquella composicion y modestia con que iban por las calles fué muy buen sermon: esa mueve á devocion á la gente, y á menosprecio del mundo, y á compungirse de sus pecados, y á levantar su corazon y deseo á las cosas de la otra vida.



Ese es sermón de obras, que es mas eficaz que el de palabras.

Lo segundo, esta modestia y buena composicion exterior sirve y ayuda mucho para nuestro aprovechamiento espiritual, como diremos despues mas largamente; porque es tan grande la union y liga que hay entre el cuerpo y el espíritu, entre este hombre exterior y el interior, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro; y asi, si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego el espíritu tambien se descompone é inquieta. Y de aqui es, que la modestia y composicion exterior es grande argumento y señal del recogimiento interior, y de la virtud y aprovechamiento espiritual que hay allá dentro, como la mano del reloj del movimiento y concierto de las ruedas.

Con esto se declara mas lo primero, porque esta es la causa de edificarse tanto los hombres de la modestia y composicion exterior, porque por ahí entienden y conciben la virtud interior que hay en el alma, y por eso la estiman y tienen en mucho. Dice San Gerónimo: «El rostro es un espejo del alma, y los ojos modestos, ó descompuestos y desasosegados, descubren luego lo íntimo del corazón (1).» Y es sentencia del Espíritu Santo: «Asi como en el agua clara resplandece el rostro de los que se miran en ella, asi el varón prudente conoce los corazones de los hombres por la muestra de lo exterior que vé en ellos (2).» no hay espejo, en que asi se vea uno, como se vé la virtud y asiento interior en esto exterior: «En el pestañear de los ojos se co-

(1) Speculum mentis est facies, et taciti oculi mentis latentur arcana. Hieron. epist. ad Furiam viduam.

(2) Quomodo in aquis resplendent vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus. Prov. XXVII, 19.

noce quién es cada uno, dice el Sábio (1); la vestidura del hombre, la manera de cubrirse, del reirse y del andar, descubren luego lo que es.» Y poniendo las señales del hombre apóstata, dice: «Habla de dedo, guiña del ojo, dá del pie (2).» Y asi de Juliano apóstata dice San Gregorio Nazianzeno (3): «las condiciones de Juliano no conocieron algunos hasta que las manifestó por sus obras y por el poder imperial que recibió; pero yo bien conocí sus costumbres desde que le ví y comuniqué en Atenas: ninguna señal ví en él que me pareciese buena: la cerviz yerta, los hombros movedizos, los ojos ligeros, meneándose á cada parte, el mirar feroz, los pies siempre bullidores, las narices siempre muy prestas para mofar y escarnecer, la lengua ejercitada en motes y chocarrerías, la risa desenfrenada, la facilidad en conceder y negar una misma cosa en un tiempo, sus pláticas sin orden y sin fundamento, sus preguntas importunas, sus respuestas sin propósito: mas ¿para qué discurre, dice, tan menudamente por sus calidades? En conclusion, digo, que le conocí antes de sus obras, y despues por ellas le reconocí mejor; y si ahora estuviesen presentes los que entonces estaban en mi compañía, darian testimonio que en viendo en él tales muestras, súbitamente dije: «Oh ¡cuán venenosa serpiente cria para sí la República Romana!» Y diciendo esto, deseé salir por mentiroso; porque mejor fuera asi, que abrasarse la tierra con tantos males, cuales nunca se vieron.» Pues asi como el desorden y mala composicion exterior es

(1) Ex visu cognoscitur vir, et ab occurso faciei cognoscitur sensatus; amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo. Eccles. XIX, 26.

(2) Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede, digito loquitur. Prov. VI, 12.

(3) Greg. Nazianzenus, Refertur in Histor. Eccles. p. 2, lib. 4 in fine.

muestra y señal del vicio interior, asi la modestia y buena composicion lo es de la virtud interior, y por eso edifica y mueve tanto á los hombres.

Por esta razon tenemos nosotros particular obligacion de procurarla con mucho cuidado; porque como nuestro fin é instituto es aprovechar á los prójimos con nuestros ministerios de predicar, confesar, leer, enseñar la doctrina, hacer amistades, visitar las cárceles y hospitales, etc., una de las cosas que dá mas fuerza y eficacia á esos ministerios, para que se reciban y hagan fruto en sus almas, es esta modestia y buena composicion exterior: porque con esto se cobra mucha autoridad con los prójimos, por la virtud y santidad interior que conciben, y toman entonces lo que se les dice como venido del cielo, y se les imprime en el corazón. Cuenta Surio (1) que visitó el Papa Inocencio II el monasterio de Claraval, acompañado de los cardenales: salieronle á recibir todos los monjes con San Bernardo, que residia allí, y dice la historia que les movió tanto aquel espectáculo de los monjes, que lloraba el Papa y los cardenales de devocion, solo de ver la modestia de los religiosos: maravillábanse todos mucho de ver la gravedad de aquella Santa Congregacion, que en una fiesta y regocijo tan solemne y tan nuevo, como era ver en su casa al Sumo Pontífice y á los cardenales, todos tenían los ojos bajos, enclavados en la tierra, sin volverlos á parte alguna, y teniendo todos puestos los ojos en ellos, ellos á ninguno miraban.

No solamente ayuda esta modestia y composicion religiosa para mover y edificar á los de fuera, sino tambien á los de casa; porque asi como á los seglares les edifica mucho ver á un religioso que está ayudando á misa y que en toda ella no vuelve la

(1) Surius, lib. 2, cap. 1. vitæ S. Bernard.

cabeza á una parte, ni á otra, y que cuando va por la calle, va con gran modestia y silencio, y no levanta los ojos, ni aun á mirar á quien pasó junto á él, y se confunden, y compungen, y conciben dentro de sí mucha estima, asi tambien acá entre nosotros edifica mucho el que anda con modestia, silencio y recogimiento, y mueve á devocion y á compuncion á los demás. Y asi San Gerónimo, entre otros frutos que pone de esta modestia y composicion exterior, es uno este: «¿Sabeis, dice (1), qué hace un religioso de estos con su silencio y modestia? es una reprehension muy fuerte y eficaz para el que habla mucho y para el que anda con poca modestia y recogimiento, viendo que no es tal como el otro; estos son los que pueblan las casas de Religion, y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad; porque con su ejemplo atraen y mueven á devocion á los demás y los despiertan á deseos del cielo.» Y esto es lo que nuestro Padre nos dice á nosotros, pidiendonos que procedamos de tal manera en esto, que considerando los unos á los otros, crezcan todos en devocion y alaben á Dios nuestro Señor (2).

De San Bernardino se cuenta que era tal su modestia y composicion, que con sola su presencia hacia componer á todos sus compañeros; no era menester mas que decir «Bernardino viene», para componerse todos. Y de Luciano Martir cuenta Metafraste y Surio en su vida, que de solo verle los gentiles se convertian y movian á ser cristianos. Estos son buenos predicadores, imitadores del glorioso Bautista; de quien dice el Sagrado Evangelio: «Era una

(1) Ut loquacibus compunctionem ingerant, et intrandi ad societatem vestram sancta desideria incitent, et affectus ad coelestia moveantur. Hieron. in Regul. Monachorum, c. 22.

(2) Regul. 29. Summarii.



hacha encendida, que ardia en si con grande amor de Dios, y daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida maravillosa (1). Este debe ser para nosotros un motivo muy grande para andar siempre con mucha modestia, para edificar á nuestros prójimos y á nuestros hermanos, y hacer en ellos el fruto que habemos dicho. Porque sino, ¿dónde está el celo y deseo de la mayor gloria y honra de Dios y de ganar almas, tan propio de nuestro Instituto, si no procuramos hacer esto con que ellos tanto se edifican y se ganan, estando tan en nuestra mano?

CAPITULO II.

Cuán necesaria es la modestia para nuestro propio aprovechamiento.

Doctrina es comun de los Santos que la modestia y guarda de los sentidos es uno de los principales medios que hay para nuestro propio aprovechamiento espiritual, porque ayuda mucho á la guarda del corazon y al recogimiento interior y á conservar la devocion, por ser esas las puertas por donde entra todo el mal allá dentro al corazon. San Gerónimo, sobre aquello de Job (2): "¿Por ventura, no se te abrieron las puertas de la muerte y viste las entradas tenebrosas?" dice que, en sentido tropológico, las puertas de la muerte son nuestros sentidos, porque por ellos entra la muerte del pecado á nuestra ánima, conforme á aquello del Profeta Jeremias: "Subió la muerte por nuestras ventanas (3)." Y dice que se llaman puertas tenebrosas, porque dan entrada á las tinieblas de los pecados. Lo mismo dice San Gregorio (4), y es

(1) Erat lucerna ardens, et lucens. Joann. V, 35.  
(2) Nunquid apertae sunt tibi portae mortis, et ostia tenebrosa vidisti? Job. XXXVIII, 17.  
(3) Ascendit mors per fenestras nostras. Jerem. IX, 21.  
(4) Greg. lib. 21 Mor., c. 2.

comun manera de hablar de los Santos, sacada de la filosofía: «Ninguna cosa puede estar en el entendimiento sin pasar primero por los sentidos (1)» como por puertas. Pues cuando en una casa están las puertas cerradas y bien guardadas, todo lo demas está seguro; pero si están abiertas de par en par y sin guarda, que éntre y salga quien quisiere, no estará segura la casa ó á lo menos no habrá sosiego ni quietud en ella con tanto entrar y salir. Asi es tambien acá; los que tuvieren bien guardadas las puertas de sus sentidos, andarán recogidos y devotos; pero los que no tienen cuidado de eso, no tendrán paz ni quietud en su corazon. Por eso nos amonesta el Sábio: "Guarda tu corazon," y añade "con toda guarda, con todo cuidado y diligencia (2)," para darnos á entender la importancia de esto, pues guardando bien las puertas de los sentidos, se guarda el corazon. Dice San Gregorio: «Para tener limpio y puro el corazon es menester que tengamos mucha cuenta con la guarda de nuestros sentidos (3).» Y San Doroteo dice: «Acostumbraos á traer vuestros ojos modestos y bajos, y á no andar mirando cosas impertinentes y vanas, porque eso suele hacer que se pierdan todos los trabajos del religioso (4);» todo lo que habeis ganado en mucho tiempo y con mucho trabajo, se os irá muy fácilmente por esas puertas de los sentidos si no teneis cuidado de guardarlas, y os quedareis vacío y sin nada. ¡Oh! ¡qué bien dijo aquel Santo (5)! «Muy presto se

(1) Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu.  
(2) Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit. Prov. IV, 23.  
(3) Unde nobis ad custodiendam cordis munditiam exteriorum quoque sensuum disciplina servanda est. Greg. lib. 21 Mor., c. 2.  
(4) Assuesce oculos non circumferre ad alienas, et vanas res, hoc enim labores omnes monasticos deperire facit. Dorot. serm. 22.  
(5) Thomas de Kempis.

pierde, por descuido, lo que con mucho trabajo y dificultad se ganó por gracia.» Y en otra parte (1) dice San Doroteo: «Guardaos de hablar mucho, porque eso impide los pensamientos santos y las inspiraciones y deseos del cielo.» Y por el contrario, dice San Bernardo: «El continuo silencio y el estar olvidados y apartados del ruido de las cosas del mundo, levanta el corazon y hace que pensemos en las cosas del cielo y que pongamos nuestro corazon en ellas (2).» Y tratando de la modestia de los ojos dice: «Los ojos en el suelo ayuda para traer el corazon siempre en el cielo (3).» Y bien lo experimentamos, que cuando andamos los ojos modestos y bajos, andamos recogidos y devotos.

Esta es la causa por que decian aquellos Santos Padres de Egipto, como refiere Casiano (4), que el que quisiere alcanzar la perfecta limpieza y pureza de corazon, y tener devocion y recogimiento, ha de ser sordo, ciego y mudos; porque cerradas de esta manera las puertas de estos sentidos, estará su ánima limpia, desembarazada y dispuesta para tratar y conversar con Dios. Pero dirá alguno: «¿cómo podremos nosotros ser sordos, ciegos y mudos, que tratamos tanto con los prójimos y nos es forzoso ver y oír muchas cosas que no querriamos?» El medio es oír esas cosas como si no las oyésemos, que por un oído entren y por otro se salgan, sin dejar pegar el corazon á ellas, sino despidiéndolas luego de nosotros, no haciendo caso de ellas. San Efrén cuenta (5) á este propó-

(1) Cave a multiloquio, hoc enim sanctas, ac rationabiles, et a coelo advenientes cogitationes penitus extinguit. Doroth. serm. 20.  
(2) Juge silentium, et ab omni strepitu saecularium perpetua quies cogit coelestia meditari. Bernard. Epist. 78.  
(3) Bernard. tract. de XII gradibus humilitatis.  
(4) Cas. lib. 4 de Institut. renunt. cap. 41.  
(5) S. Ephrem, t. 2, c. 73 de var. doctrin. pag. 234.

sito, que un monge preguntó á otro Padre antiguo: «¿qué haré, que me manda el abad que vaya al horno á ayudar al panadero, y hay allí mozos de fuera que tratan muchas cosas impertinentes que no me está á mí bien oírlas? ¿cómo me habré?» Respondió el viejo: «¿no has visto los muchachos en la escuela, cómo están juntos con tanto ruido, leyendo y aprendiendo las lecciones que han de dar al maestro, y cada uno atiende á su leccion, y no á las de los demas, porque sabe que de aquella ha de dar cuenta al maestro, y no de las de los otros? Haz tú asi, no atiendas á lo que los otros hacen ó dicen, sino á hacer bien tu oficio, porque eso es de lo que has de dar cuenta á Dios.»

Del bienaventurado San Bernardo se dice (1) que tenia su corazon tan puesto en Dios, que viendo no via, y oyendo, no oia; parecia que no usaba de sus sentidos. Un año habia pasado de novicio, y no sabia de qué era el techo de su celda, si de bóveda, si de madera. Habia tres ventanas ó vidrieras en la iglesia, y él nunca echó de ver si era mas que una. Habia caminado casi todo un dia por la ribera de un lago, y hablando despues los compañeros de él, les preguntó dónde habian visto aquel lago que él no le habia echado de ver. Y del abad Paladio se cuenta (2) que estuvo veinte años en una celda y no levantó los ojos al techo. De esta manera, aunque andemos en medio del mundo tratando con los prójimos, seremos sordos, ciegos y mudos, y no nos impedirá nuestro aprovechamiento el ruido de lo que oimos y vemos.

CAPITULO III.

Del engaño de algunos que hacen poco caso de estas cosas exteriores, diciendo que no está en eso la perfeccion.

De lo dicho se colige bien cuán enga-

(1) Surius, lib. 1, cap. 4 vitae Sancti Bernardi.  
(2) Palad. in Prato Spirituali.



fiados andan los que hacen poco caso de estas cosas exteriores, de la modestia y silencio, diciendo que no está en eso la perfeccion, sino en lo interior del corazon y en las verdaderas y sólidas virtudes. Lipo- mano trae un ejemplo muy bueno á este propósito, sacado del *Prado Espiritual*. Cuéntase allí (1) que uno de aquellos Pa- dres viejos que moraban en el desierto de Citia, fué un dia á la ciudad de Alejandria á vender las cestillas que habia hecho, y vió allí otro monge mancebo que habia en- trado en un bodegon, lo cual sintió el vie- jo mucho y acordó de esperar que saliese para decirle su parecer, y en saliendo, llá- male aparte, y dícele: «Hermano mio, ¿no veis que sois mozo y que son muchos los lazos de nuestro enemigo? ¿No sabeis el da- ño que recibe el monge en andar por las ciudades, por las figuras y representacio- nes que le entran por los ojos y por los oidos? Pues ¿cómo os atreveis á entrar en los bodegones, donde hay tan malas com- pañas de hombres y mugeres, y donde por fuerza habeis de ver cosas malas y oir lo lo que no quereis? No, por amor de Dios, hijo mio, no lo hagais así, sino huid al de- sierto, á donde, con ayuda de Dios, esta- reis salvo y seguro.» Respondió el mance- bo: «Andad, Padre, que no está en eso la perfeccion, sino en la limpieza del corazon: tenga yo limpio el corazon, que eso es lo que quiere Dios.» Entonces levantó el vie- jo las manos al cielo, diciendo: «Bendito y alabado seais Vos, Señor, que cincuenta y cinco años há que estoy en este desierto de Citia, con todo el recogimiento que he pó- dido, y aun no tengo el corazon limpio, y éste tratando y conversando en las taber- ñas y bodegones, ha alcanzado limpieza de corazon! Pues esa sea vuestra respuesta. Yo os confieso que la perfeccion esencial

(1) Pratum Spirit, cap. 194.

está en la puridad y limpieza del corazon y en la caridad y amor de Dios, y no en estas cosas exteriores; pero no tendreis ni alcanzareis esa perfeccion, si no teneis mu- cha cuenta con la guarda de vuestros sen- tidos y con la modestia exterior.

San Buenaventura nota esto muy bien, y dice (1), que la razon de ello es, porque con esto exterior se adquiere y conserva lo interior, y esos son los reparos y defensi- vos del corazon. Asi como acá vemos que no produce la naturaleza el árbol sin sus hojas y corteza, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus repara- ros y defensivos, para conservacion y orna- to de ellas, asi tambien la gracia, que obra conforme á la naturaleza y más perfecta- mente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante eso exterior: esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud y recogimiento interior y la puridad y limpieza del corazon, y cuando eso falta- ré, faltará tambien estotro. Como la salud ó enfermedad corporal no está en esto es- terior, ni en tener uno buen ó mal color, sino en el concierto ó des concierto de los humores que están allá dentro; pero con todo esto, en viendo en uno mal color, lue- go decimos: «malo anda fulano, no está del todo sano; ¿no veis qué color trae, qué amarillo anda, qué ojeras tiene?» Pues de esa manera es tambien en la salud espiri- tual.

San Basilio declara esto con una com- paracion, que pues él la trae, tambien la podemos traer nosotros. Va suponiendo aquella doctrina y alegoria comun de los Santos, que los sentidos exteriores son unas ventanas por donde el alma se asoma á mi- rar lo que pasa allá fuera; y dice (2), que

(1) Bonav. l. 2, opusc. lib. 2 de Profectu Religio- sor. cap. 22.  
(2) Basil. trat. de vera virginit. cap. 2.

entre el alma recogida y distraida hay la diferencia que entre la muger honesta y li- viana; á la muger honesta, por maravilla la verán á la ventana y á la puerta; pero la que es liviana y mala, todo el dia está á la ventana y á la puerta, mirando los que pa- san, y llamando al uno, y hablando y entre- teniéndose con el otro. Esta, dice San Basilio, es la diferencia que hay entre el religio- so recogido y el distraido, que al recogido por maravilla le vereis asomado á las ventan- as de sus sentidos, estase allá dentro reco- gido en el retrete de su corazon. Pero al otro á cada paso le vereis asomado á esas ventanas, mirando lo que pasa, oyendo lo que se dice, hablando y perdiendo tiempo con unos y con otros. No está la honestidad ó deshonestidad de la muger en asomarse á la ventana ó no; pero la muger ventanera ó callejera y amiga de hablar y conversar con unos y con otros, gran indicio y muestrá da de su liviandad, y eso solo bastaría para hacerla ruin aunque no lo fuese. De la mis- ma manera, es verdad que no está la per- feccion en la guarda de la lengua y de los sentidos; empero el alma ventanera y ca- llejera, amiga de ver, oir y hablar, no alcanzará la perfeccion ni la pureza de co- razon.

Y háse de notar aqui otro punto princi- pal, que así como esto exterior ayuda á componer y conservar lo interior, asi tam- bien lo interior compone luego lo exterior. «Donde Cristo está, tambien está la mo- destia,» dice San Gregorio Nazianceno (1). Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua, y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos. La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo exterior (2). Y esta es la

modestia que nuestro Padre nos pide, que nazca de la paz y humildad del ánima, no modestia compuesta y fingida artificiosa- mente, que esa no dura, al mejor tiempo falta, al fin, como cosa postiza; sino una modestia que ella misma se caiga de suyo, nacida, como efecto de su causa, de un co- razon compuesto, mortificado y humilde.

De donde podemos colegir una señal muy buena para conocer si un hombre es espiritual ó no, y si va aprovechando y cre- ciendo en espíritu ó no. Y decláralo San Agustin (1) con esta comparacion. Asi como vemos que ahora nosotros, que somos ya hombres, carecemos de muchos deleites y pasatiempos que teniamos cuando éramos niños, que si entonces nos los quitaran nos diera mucha pena, y ahora ninguna senti- mos en carecer de ellos, porque son pasa- tiempos y juegos de niños, y nosotros so- mos ya hombres; asi, dice, es en el camino espiritual: cuando uno comienza á gustar de Dios y de las cosas de virtud, y se va haciendo hombre espiritual y varon perfecto, no siente ni le da pena el carecer de los gustos y delectaciones sensuales de que gusta- ba cuando era niño ó imperfecto en la vir- tud; porque aquellos son deleites y pasa- tiempos de niños y de imperfectos, y él es ya hombre. «Cuando era pequeño, sabia y pensaba y obraba como pequeño; pero des- pues que soy hombre, dejé las cosas de ni- ño,» dice San Pablo (2). Pues si quereis ver si sois hombre, y si vais aprovechando y creciendo en perfeccion, ó si sois todavia niño, mirad si habeis dejado y olvidado las cosas de niño; porque si todavia gustais de los juegos y entretenimientos de los niños, niño sois; si gustais de niñerías, de derra-

(1) August. lib. 83 Quaest. quaest. 70.  
(2) Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sa- piebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus; quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli. I. ad Cor. XIII, 11.

(1) Ubi Christus est, modestia quoque est. Greg. Naz. epist. 193.  
(2) Regul. 20, Summarii Constitut.



mar vuestros sentidos, de apacentar vuestros ojos, andando mirando cosas curiosas y vanas, y vuestros oídos en oír todo lo que pasa, y vuestra lengua en conversaciones y pláticas impertinentes y escusadas, niño sois é imperfecto sois, pues gustais de los pasatiempos y entretenimientos de los niños y de los imperfectos. El que es hombre espiritual y va creciendo y haciéndose varón perfecto, ya no gusta de esas cosas, antes se rie y hace burla de ellas, como el hombre de los juegos y entretenimientos de los niños, y se afrentaría de tratar de eso.

CAPITULO IV.

Del silencio, y de los bienes y provechos grandes que hay en él.

Uno de los medios que nos ayudará mucho para aprovechar en virtud y alcanzar la perfección, será refrenar y mortificar la lengua; y por el contrario, una de las cosas que mas nos dañará é impedirá nuestro aprovechamiento, será descuidarnos en esto. Lo uno y lo otro nos dice el Apóstol Santiago en su Canónica. Porque por una parte dice: "El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, ese será varón perfecto (1)." Y por otra: "Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, que vana es su religion (2)." San Gerónimo (3) trae esta autoridad para encomendar la guarda del silencio, y dice que por esto aquellos Padres antiguos del Yermo, fundados en esta sentencia y doctrina del Apóstol Santiago, tenían gran cuidado de guardarle. Dice que halló á mu-

(1) Si quis in verbis non offendit, hic perfectus est vir. *Jacob. III, 2.*

(2) Si quis putat se religiosum esse, non refranans linguam suam, sed seduc ens cor suum, hujus vana est religio.

(3) Hieronym. in *Reg. Monachorum, cap. 22.*

chos de aquellos Santos Padres que habían siete años que no habían hablado palabra con otro. De aquí también, dice Dionisio Cartusiano, que vinieron todas las Religiones á poner entre las observancias de la Religion, por una de las principales, esta del silencio; y con tanto rigor, que estatuyeron y ordenaron que el que le quebrantase fuese castigado con disciplina pública.

Pero veamos qué será la causa de encomendarnos tanto este negocio. ¿Tan grave cosa es hablar una palabra ociosa? ¿Es mas que perder un poco de tiempo que se gasta en decirla, un pecadillo venial que se quita con agua bendita? Mas debe de haber en ello que perder un poco de tiempo, y de mas peso debe ser este negocio de lo que parece, pues la Sagrada Escritura nos lo encarece tanto; porque el Espíritu Santo no es encarecedor, ni exajerador de las cosas, ni las pesa con otro peso del que ellas tienen. Los Santos y doctores de la Iglesia, á quien el Señor dió particular luz para entender y declarar los misterios de la Escritura divina, declaran muy á la larga los provechos grandes que se siguen de la guarda del silencio y los daños grandes que trae consigo lo contrario.

San Basilio dice (1) que es muy provechoso, especialmente á los que comienzan, ejercitarse en el silencio; lo primero, para aprender á hablar como conviene, porque se requieren muchas circunstancias para esto, y es negocio que tiene dificultad, y mucha; y pues para aprender las demás ciencias y artes damos por bien empleados muchos años, á trueque de salir con ellas, también será razón que empleemos algunos años en aprender esta ciencia de hablar; porque si no os haceis discípulo y procurais aprender, nunca saldreis maestro. Pero direis: hablando mucho, la

(1) Basil. in *Regul. fusius disputatis* 13.º (2)

aprenderemos, como las demás ciencias y artes se aprenden ejercitándose mucho en ellas. A esto responde San Basilio, que esta ciencia de saber bien hablar no se puede aprender sino callando y ejercitándose mucho en el silencio, y da la razón; porque como el hablar bien depende de tantas circunstancias, y nosotros estamos tan mal acostumbrados á hablar, no con esas circunstancias, sino lo que se nos antoja, y cuando nos parece, y con el tono que queremos, sin orden ni concierto, el silencio hace dos cosas muy principales; lo primero, que con el mucho silencio se nos olvida el mal lenguaje nuestro primero que traíamos del mundo, que es una parte muy principal para aprender buen lenguaje, como lo es para saber el olvidar lo mal aprendido; y lo segundo, con el silencio tenemos mucho lugar y tiempo para aprender el buen modo de hablar, porque él nos le dá muy cumplido para andar mirando á los religiosos antiguos, que entendemos son doctos en esta ciencia y saben hablar como conviene, para aprender de ellos, y que se nos imprima aquella madurez con que ellos hablan, aquel reposo y peso de palabras. Como el aprendiz está mirando cómo hace su maestro la obra, para hacerla él de aquella manera, y así aprende y sale maestro, así habemos nosotros de andar mirando á los que se señalan en esto, para aprender de ellos. Mirad al otro hermano antiguo y al otro Padre, qué buen modo tiene de hablar, con qué buena gracia despacha y dá recaudo á todos los que le hablan y tratan, por ocupado que esté, que parece no tiene otra cosa que hacer, sino responderos á vos: siempre le hallareis de un temple, siempre de un semblante; no como vos, que cuando estais muy ocupado, respondeis desgraciada y sacudidamente. Mirad al otro, cuando le ordenan algo de parte de la obediencia, cuán bien

responde: «que me place, de muy buena voluntad:» cuán sin escusas, ni sin preguntar quién lo manda, ni si hay otro que lo haga. Mirad al otro, cómo nunca sabe hablar cosa que lastime, ni pueda dar disgusto á su hermano, ni en la recreación, ni fuera de ella, ni por burla, ni por gracia, ni en presencia, ni en ausencia; con todos y de todos habla con respeto y estima; y aprended vos á hablar de esa manera. Advertid cómo el otro, cuando le dijeron la palabrilla de que se podía sentir, no respondió con otra tal, con cuán buena gracia lo disimuló como si no lo hubiera entendido, conforme á aquello del Profeta: "Me hice como hombre que no oía (1)." ¡Qué bien supo ganarse á sí y á su hermano! Y aprended vos á haberos de esa manera en semejantes ocasiones. Para estas dos cosas, dice San Basilio, que aprovecha mucho el largo silencio; porque el silencio produce olvido por el no uso, y dá tiempo para aprender lo que se ha de hablar (2).

San Ambrosio y San Gerónimo, sobre aquello del Eclesiastés: "Tiempo hay de callar y tiempo de hablar (3)," confirman esto mismo y dicen (4) que esta es la causa por la cual Pitágoras, aquel antiquísimo filósofo, el primer documento que daba á sus discípulos era que callasen por cinco años, para que con el largo silencio olvidasen lo que mal sabían, y oyéndola á él, aprendiesen lo que habían después de hablar y de esta manera saliesen maestros. Y así viene á concluir allí San Gerónimo: «Aprendamos, pues, nosotros, primero á

(1) Factus sum sicut homo non audiens. *Psalm. XXXVII, 45.*

(2) Quippe cum taciturnitas simul, et oblivionem ex desuetudine pariat, et ad ea, quae recta sunt, discenda, otium suppeditet. *Basil. ubi sup.*

(3) Tempus tacendi, et tempus loquendi. *Eccles. III, 7.*

(4) Ambros., *lib. 1 offic. cap. 10.* — Hieron., in *Eccles.*